

4.1. LA ECONOMÍA EUROPEA: CARACTERÍSTICAS GENERALES Y EVOLUCIÓN

La economía europea tuvo que recuperarse durante el siglo XX de la desestructuración causada por los dos grandes conflictos bélicos, abordando su recuperación desde perspectivas completamente diferentes: las economías socialistas planificadas en Europa oriental, y el capitalismo en Europa occidental.

4.1.1. DEL ANTIGUO RÉGIMEN A LA DEPRESIÓN DEL 29

La economía europea se había caracterizado durante el siglo XIX por un desarrollo desigual, liderado por los Estados industriales de Europa occidental —Francia, Alemania, Gran Bretaña, etc.—, mientras que el nivel de rentas y de productividad en países de Europa oriental y meridional como España, Grecia, Bulgaria o Rumania, cuyas economías se basaban principalmente en la explotación de recursos primarios (alimentos y materias primas), era sensiblemente más bajo.

El librecambismo predominante en los años previos a la I Guerra Mundial fomentó un desarrollo capitalista, que quedó dramáticamente truncado con el conflicto bélico. La guerra causó una enorme pérdida de mano de obra, destrucción física de infraestructuras ferroviarias, fábricas, granjas y casas, pérdida de cosechas y rebaños, caos en el sistema financiero, e inestabilidad política. Como consecuencia de esta guerra muchos Estados europeos pasaron a depender de EEUU para abastecerse de alimentos, materias primas, bienes manufacturados o financiación, favoreciendo su ascenso como nueva potencia mundial.

Entre 1918 y 1939 la economía Europa estuvo hipotecada por las deudas contraídas durante la I Guerra Mundial, por los elevados costes de recuperación, por las sanciones impuestas a los países vencidos, por la escasez de capital, por los cambios de fronteras, que desmembraron algunas regiones industriales como Alta Silesia, separaron áreas industriales mutuamente dependientes, como el carbón del Ruhr y el hierro de Alsacia, afectaron a las infraestructuras de comunicación y destruyeron vínculos comerciales, y por los recelos entre Estados, que sustituyeron las importaciones por el autoabastecimiento.

Durante los años 20 la economía europea fue recuperándose, pero en un contexto económico y político inestable, con un elevado nivel de desempleo industrial, un gran número de trabajadores subocupados en

la agricultura, y una actividad comercial inferior a la de 1913. Europa central y oriental, que sufrió con más intensidad las consecuencias de la guerra, mantuvo su atraso económico respecto a la occidental. Alemania, a la que se le impuso una deuda de 33.000 millones de dólares en 1921, padeció un deterioro progresivo de su estructura económica y financiera que, en conjunción con la depresión de 1929, favoreció el ascenso de Hitler al poder.

El crack del 29 en Estados Unidos, que ya por entonces jugaba un papel protagonista en la economía mundial, afectó negativamente a Europa mediante una reducción de las exportaciones y un freno de la inversión y la financiación extranjera. Los países más afectados fueron los de Europa oriental y meridional, dependientes del sector primario, ya que la caída de los precios de los alimentos y las materias primas fue mayor que la de los productos industriales. Como consecuencia de la crisis los Estados europeos protegieron sus economías mediante medidas proteccionistas como aranceles y cuotas de importación.

4.1.2. GUERRA Y RECONSTRUCCIÓN

Los años previos a la II Guerra Mundial estuvieron marcados por la recuperación en los países industrializados, y por el estancamiento en Europa oriental. Gran Bretaña, pese al mantenimiento de un gran número de desempleados, experimentó un fuerte aumento de la demanda interior que actuó como polo de reactivación económica, mientras que Alemania basó su desarrollo en la industria bélica y en la inversión en obras públicas, con un capitalismo planificado que, pese a lograr una drástica reducción del paro, no contribuyó a incrementar la renta per cápita de la población.

Con excepción de Rusia, que aumentó su producción económica en el marco de los planes quinquenales, los Estados de Europa oriental sufrieron un estancamiento durante la década de los 30 que agrandó los desequilibrios con el resto del continente. La dependencia del sector agrícola —más de la mitad de la población y hasta un 75% de las exportaciones dependían de la agricultura en Yugoslavia, Bulgaria, Rumania, Polonia y Hungría—, y su escasa productividad, unido a la caída de los precios agrícolas durante la crisis de 1929 y al avance del proteccionismo, provocaron una caída en picado de las exportaciones y una drástica reducción de los ingresos que, a su vez, mermaron la capacidad de compra de productos industriales. Aprovechando esta debilidad, Alemania aumentó su influencia política y económica en la región, estableciendo acuerdos de *clearing* con los Estados de Europa

oriental basados en el intercambio de productos primarios por bienes de equipo.

El impacto de la guerra se dejó sentir en la economía de todo el continente, con un grado de destrucción de capital y mano de obra mayor que el de la I Guerra Mundial, alcanzando la máxima intensidad en Europa central y oriental. Al término de la guerra, la actividad comercial había disminuido en un 50%, los países europeos volvían a estar endeudados, la actividad productiva se encontraba en niveles mínimos, y había carestía tanto en el abastecimiento de alimentos como en el de materias primas.

Sin embargo, a diferencia de la primera posguerra, cuando la ayuda exterior fue escasa e inadecuada, tras la II Guerra Mundial Estados Unidos volcó enormes esfuerzos en la reconstrucción de Europa, haciendo posible una rápida recuperación económica. Aunque también impusieron sanciones a los perdedores, los tratados de paz se concentraron en el reparto de poder. Así, la Unión Soviética extendió el sistema de economía planificada y fortaleció su posición en Europa oriental, mientras que Estados Unidos establecía un vínculo más fuerte con las economías capitalistas de Europa occidental, que fueron las únicas beneficiadas por el Plan Marshall.

4.1.3. DEL CRECIMIENTO AL ESTANCAMIENTO

Entre los años 1950 y 1970 Europa experimentó una expansión económica constante, con un aumento del PIB de un 5,5% anual, y un incremento de la renta per cápita del 4,4% anual, duplicando la tasa de crecimiento de Estados Unidos. Por regiones, Europa oriental creció un 7% anual, Europa meridional un 5-6%, y Europa occidental un 4,5%.

La expansión de la economía en Europa occidental, liderada por la RFA, Francia, Italia, Países Bajos y Austria, estuvo acompañada por profundos cambios estructurales, con una importante pérdida de importancia del sector agrícola en el conjunto de la actividad económica, tantos en términos de empleo como en la generación de renta, y un significativo aumento de la industria, que sustituyó con creces la caída de rentas de la agricultura, y el sector servicios, que atrajo tanto las inversiones de capital como el exceso de mano de obra en el campo, pero sin incrementar su participación en el PIB.

Los principales factores que explican este crecimiento son la mayor intensidad de capital por trabajador, de forma que los países con tasas

de inversión más elevadas crecieron rápidamente (Alemania, Francia, Países Bajos), mientras aquellos que tenían baja proporción de inversión tuvieron un menor crecimiento (Reino Unido, Bélgica), y las mejoras en la productividad, que también creció a consecuencia de los avances tecnológicos (las industrias basadas en la ciencia, como la química o la electrónica, registraron un espectacular crecimiento), la reestructuración de los recursos laborales hacia sectores más productivos, las mejoras sociales (educación, formación profesional, servicios sanitarios, vivienda, etc.), y las economías de escala.

En este sentido, la cooperación económica desarrollada por los países de Europa occidental en el marco de la CECA, la CEE y, en menor medida, de la Asociación Europea de Libre Comercio, jugó un papel esencial, ya que la eliminación de barreras arancelarias potenció el comercio interno, mientras que la fuerza negociadora de los Estados miembros de la CEE actuando en unión permitió establecer acuerdos comerciales más ventajosos con terceros países, lo que incentivó las exportaciones. A mediados de los años 60, los países europeos occidentales ya habían conseguido un superávit por cuenta corriente de 2.500 millones de dólares, con Alemania liderando el éxito en la balanza de pagos.

En países como Alemania, Países Bajos, Suiza o Suecia, el crecimiento del empleo favoreció la reducción del paro, impulsando un flujo migratorio desde Europa meridional —Portugal, Grecia y España, principalmente— que benefició tanto a los receptores al frenar las tensiones en el mercado laboral y potenciar la continuidad de las inversiones, como a los emisores por la entrada de unas divisas que permitían dinamizar unas economías menos desarrolladas.

El período de desarrollo sostenido se truncó con la crisis del petróleo, que triplicó su precio en pocos meses y agravó las tensiones inflacionistas que ya venían experimentando las economías de Europa occidental desde finales de la década de los 60. Entre las principales consecuencias de esta crisis encontramos el aumento del desempleo, los déficits presupuestarios y la desindustrialización —durante las dos últimas décadas del siglo XX la economía europea ha ido fortaleciendo las actividades terciarias en detrimento de la industria como resultado del aumento de la demanda de servicios públicos (educación, sanidad, etc.) y privados (turismo, ocio, banca, seguros, etc.)—, que afectó con especial intensidad al Reino Unido.

En cuanto a los países de Europa oriental, los avances se produjeron en un marco político y económico completamente diferente, basando el

desarrollo en un estricto control estatal de los medios de producción, en la planificación centralizada de la economía, en la transformación de la estructura social, y en la industrialización. En el sector agrícola, la tierra fue expropiada y repartida entre la población, organizando la producción en grandes unidades cooperativas, mientras que la industria fue nacionalizada y se priorizó la inversión en la rama de bienes duraderos (química, metales, construcción).

La planificación priorizadora provocó grandes diferencias sectoriales en las tasas de crecimiento, de forma que la agricultura apenas registró un avance del 3% anual entre 1950 y 1970, mientras que la industria creció a un ritmo cercano al 20% y recibió más de la mitad de las inversiones estatales. La agricultura pasó a generar menos del 25% de la renta nacional en países tradicionalmente agrícolas como Bulgaria, Polonia y Rumania, descendiendo por debajo del 15% en la RDA y Checoslovaquia, mientras que la industria incrementó su participación hasta el 35% del PIB en Hungría y Polonia, hasta el 45% en Checoslovaquia, y hasta el 51% en la RDA.

Pese a la modernización y dinamización de la economía, a la formación de una base industrial sólida, y a la significativa mejora del nivel de vida, las elevadas tasas de crecimiento no mejoraron la renta de la población de Europa oriental en la misma medida que en el bloque occidental. La limitada oferta de bienes de consumo provocó una escasa variedad y una baja calidad de los bienes y servicios disponibles, animando las actividades del mercado negro.

Con el tiempo el crecimiento económico de Europa oriental fue reduciéndose, debido principalmente a que los gobiernos preferían el uso extensivo de recursos naturales, trabajo y capital, olvidando la productividad y la eficiencia en la utilización de estos factores de producción. Pese a las reformas acometidas por los planificadores (descentralización, incentivos al progreso tecnológico, cooperación entre los Estados de Europa oriental a través del Comecon), el despilfarro de los recursos se mantuvo en las décadas posteriores, intensificando el enfriamiento de las economías del bloque socialista y agravando los problemas de abastecimiento que ya se habían manifestado en la época de crecimiento.

4.1.4. EN BUSCA DE LA ESTABILIDAD

Los países de Europa occidental han afrontado el último cuarto del siglo XX con el objetivo de controlar la inflación, equilibrar las cuentas

públicas y reducir el déficit comercial. En esa búsqueda de la estabilidad macroeconómica, las reformas implantadas provocaron un aumento del paro que eventualmente se convirtió en el principal problema socioeconómico, hasta tal punto que actualmente los Estados miembros de la Unión Europea tienen entre sus principales objetivos lograr el pleno empleo en el año 2010.

Aunque entre los años 1975 y 2000 la tasa de crecimiento anual de la economía para el conjunto de Europa occidental se ha ralentizado con relación al período 1950-70, pasando del 5% al 2,5%, las perspectivas de futuro han mejorado gracias al mayor grado de convergencia entre los países que integran la Unión Europea. Con el cambio de siglo el proceso de integración empieza a mirar hacia Europa oriental, materializándose mediante un respaldo a las reformas políticas y a la modernización económica que deben conducir a la adhesión en la UE de nuevos Estados miembros de este bloque.

En cuanto a las variables macroeconómicas, se han registrado avances en la contención de los precios, en la reducción del déficit público, en el crecimiento de la inversión, en la disminución de los desequilibrios en la balanza por cuenta corriente, y en la reducción del desempleo, aunque las tasas de paro todavía siguen siendo próximas o superiores al 10% en España, Finlandia, Francia, Grecia e Italia.

Las políticas económicas se han concentrado en la liberalización de los mercados para incrementar la competitividad y reducir la inflación, el descenso de tipos de interés como aliciente a la inversión, y la reducción de impuestos para incentivar el consumo.

Desde el punto de vista sectorial, durante las dos últimas décadas la agricultura ha reducido su peso en el producto interior bruto por debajo del 5% en toda Europa occidental —1% en Alemania, Bélgica y Reino Unido—, y hasta valores inferiores al 15% en todo el continente, incluyendo los Estados de Europa oriental (sólo superan el 20% del PIB Moldavia, con un 25%, Armenia, con el 29%, Georgia, con un 35%, y Albania, con el 55%).

La desindustrialización iniciada tras la crisis del petróleo ha adelgazado el sector en Europa occidental y meridional hasta el 20-30% del PIB, manteniéndose por encima del 30% en Europa oriental (Eslovenia, 58%; República Checa, 43%; Ucrania, 40%; Rusia, 38%; Hungría, 34%), aunque con tendencia a reducir su producción como resultado de la reconversión acometida en la última década en su transición hacia el capitalismo.

El descenso de ambos sectores ha sido absorbido por el aumento de la aportación productiva de los servicios, cuyas actividades aportan más del 70% del PIB en Europa occidental (hasta el 81% en Luxemburgo, el 76% en Dinamarca, y el 74% en Francia, Holanda y Reino Unido), más de dos tercios en Europa meridional (72% en Grecia, 71% en Italia, 69% en España y Portugal), y un 55-65% en Europa oriental.